

DÍA DE LA VIRGEN DE LOURDES

Gruta de Lourdes, Melipilla

Viernes 11 de febrero 2021

+ Cristián Contreras Villarroel

*Pedimos por nuestros enfermos,
agradecemos por quienes los cuidan*

1. Nos convoca nuestro Padre Dios que nos ha regalado la vida y en su Hijo Jesucristo nos llama a la vida eterna. Jesús, nacido de mujer, la Santísima Virgen María. Ella tiene muchas advocaciones. La llamamos de diversas formas, pero es una sola: la Virgen de Nazaret, la Guadalupana, nuestra Carmelita, la Virgen de Fátima y hoy celebramos a la Virgen de Lourdes.
2. Tuve la gracia, a inicios de la década de los '90, de visitar en el verano europeo el Santuario Lourdes. He visto la fe de la gente que acude para agradecer, para interceder, para pedir sanación del cuerpo y del alma. Ver las peregrinaciones, a los voluntarios para atender a los enfermos, a sus familias y acompañantes. En los santuarios de la Virgen Santa que conozco, he visto sobre todo las expresiones de nuestra fe cristiana, públicamente expresadas. Lo mismo se vive en el Santuario de Lourdes en Quinta Normal, donde tantas veces celebré la Santa Misa en este mismo día y en tantas otras ocasiones.
3. Hoy es el día para recordar a nuestros enfermos. Es un día especial en que queremos como Iglesia pedir a Dios por todos los enfermos de nuestra patria, y a la vez dar gracias, porque Jesucristo es el inspirador de tantas vocaciones de servicio social en los médicos, las enfermeras, auxiliares de enfermería, personal de hospitales, de clínicas y de modestos centros asistenciales de salud. Queremos agradecer a Dios por la generosidad y gratuidad del voluntariado que asiste a los enfermos. Agradecer por mujeres que consuelan llevando la palabra de Dios, la comunión eucarística y la esperanza a quienes están enfermos. Un especial recuerdo de gratitud a las Hermanas Camilianas, que atienden solícitamente a los enfermos.

4. Quienes acuden a esta Gruta y todos quienes sirven a los enfermos en nuestras parroquias y hospitales les debemos gratitudes; ellos asisten a los enfermos, ancianos y sus familias; quieren atender, sanar y acompañar; a los enfermos quieren ver recuperados y reintegrados en sus núcleos familiares. Ustedes acompañan a niños, a jóvenes, personas adultas y ancianas. Deben también atender a sus familias acongojadas. Es justo que este día de la Virgen Lourdes, lo culminemos dando gracias a Dios, celebrando a Jesucristo, quien en su vida sanó a los enfermos dándoles esperanzas. El ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo fundamenta la obra de tantos médicos, enfermeras y equipos de salud que han dedicado sus propias existencias a un servicio noble y abnegado que ha salvado tantas vidas humanas o han permitido a muchos reencontrar una calidad de vida que se veía disminuida por dolencias de diversa naturaleza.

Servir al enfermo es servir a Cristo

5. Queremos agradecer, por lo mismo, los espacios que se abren en los centros de salud pública para acompañar integralmente a los enfermos. Ellos requieren también una compañía espiritual que sea respetuosa de su historia personal y familiar. La Iglesia tiene una larga tradición de servicio al enfermo y de presencia en los hospitales de Chile. Basta ver los nombres de los tradicionales Hospitales públicos: San José en Santiago, San José de Maipo, San José de Melipilla, San Juan de Dios, San Borja Arriarán, Padre Hurtado, del Salvador, del Carmen, San Antonio, San Bernardo, en fin. Numerosas congregaciones religiosas continúan sirviendo y acompañando a los enfermos y a quienes los asisten. También en nuestros centros de estudios se han formado médicos, científicos, enfermeras, y un gran número de voluntarios. Sabemos que **servir al enfermo es servir a Cristo**.
6. El derecho del enfermo a ser asistido espiritualmente jamás puede llegar a ser motivo de intenciones proselitistas o de cálculos egoístas. Lo propio del cristiano es servir y evangelizar. Y en esta tarea plurisecular queremos que se nos reconozca en una tradición histórica que ha sido y sigue siendo un servicio a la patria.
7. La Iglesia es servidora de la humanidad. El Papa Juan Pablo II nos decía que en Cristo cada hombre se convierte en camino de la Iglesia; pero de

un modo particular cuando en su vida entra el sufrimiento: **“Esto sucede, como es sabido, en diversos momentos de la vida; se realiza de maneras diferentes; asume dimensiones diversas; sin embargo, de una forma o de otra, el sufrimiento parece ser, y lo es, casi *inseparable de la existencia terrena del hombre*”** (cfr. Carta Apostólica, *Salvifici Doloris*, 3).

8. Salir al encuentro de la persona humana, es una vocación irrenunciable de la Iglesia, porque forma parte de su identidad más profunda. La Iglesia, en efecto, **“nace del misterio de la redención en la cruz de Cristo”**. Y por eso **“está obligada a buscar el encuentro con el hombre, de modo particular en el camino del sufrimiento”** (*Salvifici Doloris*, 3).
9. Si contemplamos al Señor Jesús doliente en la cruz, y junto a Él a su madre la Virgen María, aprenderemos de ella a acompañar al que sufre, y aprenderemos de Jesús la capacidad de ponernos en el lugar del otro, como Él lo hizo. Cristo Jesús asume la condición sufriente, propia de la humanidad, para mostrarnos una vocación de plenitud.

Amor y compasión hasta el final

10. Cristo nos amó hasta la muerte y más allá de ella. En este amor queremos proseguir para que todos experimentemos el gozo pleno del amor hasta el final. Y este amor significa renovar el espíritu de servicio tan propio de la experiencia cristiana que busca reflejarse en todas las profesiones y actividades de la vida. Ese amor que nos enseña que hay más satisfacción en el dar que en el recibir, y que ha llevado a la santidad a tantos hombres y mujeres como San Camilo de Lellis, la Madre Teresa de Calcuta, San Alberto Hurtado, el Padre Pío, para cuidar con solicitud a los más pobres y marginados.
11. La humanidad necesita compasión y la fiesta de hoy nos ofrece una lección elocuente de lo que es la compasión verdadera y profunda. La Virgen María sufre por Jesús, pero también sufre junto a Él. La pasión de Cristo es la solidaridad y la participación en todos los dolores del ser humano. La Carta a los Hebreos nos describe dramáticamente lo que experimentó Cristo en su vida mortal y en la cruz: **“Cristo dirigió, durante su vida mortal, oraciones y súplicas con clamor poderoso y**

con lágrimas a Aquel que podía salvarlo de la muerte”; por eso, por ser fiel a la voluntad salvífica de Dios **“llegó a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen”**. Cristo se enfrenta a la muerte con dolor; pero la acepta no como una fatalidad, sino como una entrega confiada en el Padre Dios que quiere que todos los hombres se salven. Jesús en la cruz, no piensa en él mismo, sino en su madre y en su discípulo.

12. María al pie de la cruz pasa a ser la madre de la Iglesia y de la humanidad sufriente y redimida: **“Mujer, aquí tienes a tu hijo”**. La Iglesia asume esta vocación de María, acogéndola a Ella como Madre dolorosa: **“Luego dijo al discípulo: Aquí tienes a tu madre. Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa”**. La Iglesia es la casa del ser humano sufriente, siempre en la compañía de la Virgen María al pie de la cruz.

Que el Señor y la Virgen animen nuestra entrega como servidores de la vida. Así sea.